



LA LECTURA COMO RELACIÓN SOCIAL. MARTÍN CERDA EN LA GACETA, 1957-1958

Reading as a Social Relationship. Martín Cerda in La Gaceta, 1957-1958

A Leitura como Relação Social. Martín Cerda em La Gaceta, 1957-1958

Hugo Herrera Pardo¹  

¹ Pontificia Universidad Católica de Valparaíso, CHILE

RESUMEN

El artículo examina los ensayos de Martín Cerda reunidos en el volumen *Punta de lápiz. Textos de La Gaceta, 1957-1958*. Concretamente, se considera que aquella intervención realizada por Cerda en la esfera pública de la época puede comprenderse como una “filología cívica”, toda vez que lo que subyace a aquella intervención es el supuesto de que leer la sociedad es una operación equivalente a la de leer un texto. Esto implica que los mismos procedimientos que emergen desde un saber y una tradición literarias, y que se emplean para leer ciertas obras de aquella tradición, pueden extrapolarse para leer las situaciones y problemas por las que atraviesa una sociedad en un momento dado, para así levantar diagnósticos y proponer alternativas. En este ejercicio, a su vez, se revela una de las potencias que posee el acto de la lectura: si leer un texto nos sitúa ante un modo de vinculación constitutivo con el mundo, lo que emerge de allí, entonces, es una ética de tal acto.

Palabras clave: ensayo, Martín Cerda, lectura como relación social, filología cívica.

ABSTRACT

The objective of this investigation is to examine Martín Cerda's essays collected in the volume *Punta de lápiz. Textos de La Gaceta, 1957-1958*. Particularly, this article is focused on Cerda's public interventions, which are understood as acts of “civic philology” based on the assumption that reading society is similar to the process of reading a book. It means that the same literary procedures used to read works within disciplinary knowledge and traditions can also be applied to read social situations and complexities in order to offer insights and solutions. Through this practice, a fundamental potentiality of the act of reading is revealed: if reading a text is a formative act of engaging with the world, it fosters an ethics of the act.

Keywords: essay, Martín Cerda, reading as a social relationship, civic philology.

RESUMO

Este artigo examina os ensaios de Martín Cerda reunidos no volume *Punta de Lápiz. Textos de La Gaceta, 1957-1958*. Especificamente, considera-se que a intervenção de Cerda na esfera pública do período pode ser entendida como uma “filologia cívica”, uma vez que o que subjaz a essa intervenção é o pressuposto de que ler a sociedade é uma operação equivalente à leitura de um texto. Isso implica que os mesmos procedimentos que emergem de um saber e de uma tradição literária, e que são utilizados para ler certas obras dessa tradição, podem ser extrapolados para interpretar as situações e os problemas que uma sociedade vive em um dado momento, desenvolvendo diagnósticos e propondo alternativas. Esse exercício, por sua vez, revela uma das potências do ato de ler: se ler um texto nos coloca diante de um modo constitutivo de conexão com o mundo, o que daí emerge é uma ética desse ato.

Palavras-chave: ensaio, Martín Cerda, leitura como relação social, filologia cívica.

Fecha de Recepción	2024-08-09
Fecha de Evaluación	2024-09-03
Fecha de Aceptación	2024-11-21

LA SOCIEDAD CONTRA EL ENSAYO

Dado que la metáfora de la navegación atraviesa —subrepticamente— toda la obra de Martín Cerda, podemos utilizar una de sus variadas extensiones figurativas para poner en perspectiva el estado de la bibliografía sobre el ensayista chileno publicada con posterioridad a su fallecimiento. Me refiero a la metáfora de las oleadas, a las que a cada tanto se enfrenta todo navegante y, a juicio de Cerda, todo pensador en tanto navegante, quien, orientado hacia el porvenir y

después de sobrepasar el horizonte de lo conocido, se queda, por así decirlo, fuera del mapa, enfrentado a la pura peripecia y, por ende, sin otra información que la que, por peripecia o inspiración, obtiene de cada día de navegación. (Cerda, 1982, p. 19)¹

Así, y de manera intermitente, se han sucedido desde mediados de la década de los noventa al menos tres oleadas de publicaciones que han intentado reponer los únicamente dos libros dados a las imprentas por Martín Cerda en vida, pero por sobre todo estas iniciativas han tenido como foco recuperar y poner en circulación la “papelería dispersa” del autor, tal como él mismo la llegó a denominar, y cuya extensión está estimada en alrededor de cuatro mil artículos y notas aparecidas en diversos medios escritos (sobre todo de Chile y Venezuela)², desde la segunda mitad de la década de 1950, tras el regreso del autor al país luego de un viaje formativo por Europa.

Una primera oleada se produce a mediados de los noventa y la integran los volúmenes recopilatorios *Ideas sobre el ensayo* (1993) y *Palabras sobre palabras* (1997), ambos impulsados por Alfonso Calderón y con apoyo de la Dirección de Bibliotecas, Archivos y Museos, DIBAM³. Una

¹ En el libro que en breve pasaremos a comentar, hay un pasaje que prefigura a este. Se trata de una de las primeras notas que Martín Cerda publicó en *La Gaceta*, el día 1 de junio de 1957, titulada “Encuentro con el Argonauta” y que es una disquisición a partir de la noticia de la balsa Tahiti Nui, en la que a bordo se encontraban el aventurero francés Eric de Bisshop junto a cuatro tripulantes, embarcación rescatada por la fragata Baquedano a fines de mayo de aquel año. El pasaje en cuestión es este: “Yo hubiese querido ser uno de ellos. Hubiese querido serlo en altamar, en el corazón mismo del espacio marítimo, donde la vida está siempre en vilo, donde el destino —el instante que nos sigue— nos viene en cada golpe de mar, en cada ola, en cada calma. La vida misma, en su realidad ‘esencial’, es ‘peligro’, radical inseguridad, por ello el hombre busca, solicita seguridades, protecciones. Pero, el hombre se mide en función, en relación de su menester, del quehacer fundamental al que ha entregado su vida. Yo hubiese querido para mí una forma de vida que se hiciese cargo de la condición humana, de la nuda realidad del hombre, del peligro mismo de vivir” (*Punta de lápiz*, p. 31).

² De acuerdo con noticias biográficas, su actividad como colaborador de prensa escrita en Venezuela se centra en el periódico *La República*, durante el período 1961-1964. A fines de la década de 1970 tendría otra estadía en Caracas, en donde se destaca su trabajo como asesor literario para la Editorial Monte Ávila. En Chile, sostuvo columnas en medios escritos como *La Gaceta* (1957), *El Mercurio* (1969-1970; 1973; 1981), *Las últimas noticias* (1973; 1978-1979; 1985), *PEC* (1965-1970) o *Ercilla* (1974).

³ Sigla correspondiente a la Dirección de Bibliotecas, Archivos y Museos, institución estatal que llevó ese nombre entre 1929 y 2018. A partir de este último año fue renombrada como Servicio Nacional del Patrimonio Cultural.

segunda oleada de publicaciones se cristalizó casi un decenio después, con la reposición en un solo volumen de sus dos libros, *La palabra quebrada / Escritorio* (2005) (con prólogo de Martin Hopenhayn)⁴, además de una edición española de *La palabra quebrada* (2008) (prologada por Andrés Fischer), momento en el que también se puede incluir la aparición del conjunto de textos *Precisiones. Escritos inéditos* (2014), editado, anotado y prologado por Hugo Herrera Pardo, Gonzalo Gerardo Peláez y Sergio Pérez Ojeda. En años recientes, se ha concretado una tercera oleada con la publicación de una nueva edición de *La palabra quebrada* aparecida tanto en Chile como en México⁵, además de los recientes volúmenes de recuperación archivística *Surcos apenas visibles* (2022a) con prólogo de Alfonso Calderón e investigación y edición de Daniela Schütte González y *Punta de lápiz. Textos de La Gaceta, 1957-1958* (2022b)⁶.

Este último libro nos presenta al Martín Cerda más joven que conocemos hasta la fecha, pues recopila una selección importante de las tres columnas semanales con las cuales Cerda colaboró en el efímero medio escrito *La Gaceta*, cuando contaba con 27 años de edad. Estas tres columnas fueron “Punta de lápiz” (título que con posterioridad recuperaría a mediados de los ochenta para nombrar una contribución semanal que sostuvo en el periódico *Las últimas noticias*), “La Ventana de Papel” (comentarios literarios que aparecían los días domingos) y “Diablo mundo” (notas que atendían asuntos internacionales). Dicho periódico fue fundado en 1957 por Volpone, pseudónimo del periodista Darío Sainte Marie Soruco⁷, quien en 1954 ya había fundado *El Clarín*, de existencia mucho más icónica y prolongada que el rotativo anterior, pues su actividad se extendió hasta el Golpe de Estado del 11 de septiembre de 1973, momento en el que fue cerrado. Según cuenta Felipe Reyes en su prólogo al volumen, la creación de *La Gaceta* por parte de Sainte Marie sostenía un propósito fundamentalmente electoralista; apoyar la candidatura de Salvador Allende en las elecciones presidenciales de 1958 y, por contrapartida, fustigar la de Jorge Alessandri, quien a la postre resultaría electo. Para tal objetivo, Volpone reunió a un elenco selecto de escritores, entre los que se contaban,

⁴ Originalmente, *La palabra quebrada. Ensayo sobre el ensayo* se publicó en 1982, mientras que *Escritorio* apareció en 1987. Algunos artículos que han abordado la obra de Martín Cerda en los últimos años, sobre todo su primer libro, son: De la Fuente (2000), González y Figueroa (2018), Gavilán (2021) y Undurraga (2023).

⁵ El trabajo de edición de este volumen conjunto estuvo a cargo de Gonzalo Geraldo y Pedro Mena Bermúdez. La publicación chilena apareció bajo el alero de Cormorán ediciones y su prólogo fue escrito por Marcela Fuentealba (Cerda, 2022c). De la edición mexicana fue responsable Veintisiete Letras ediciones, para la cual Christopher Domínguez Michael redactó un prefacio (Cerda, 2008).

⁶ El trabajo de archivo de este volumen estuvo a cargo de Gonzalo Geraldo y Juan Carlos Vergara, mientras que la escritura del prólogo fue de autoría de Felipe Reyes.

⁷ En 2018, Thea Sainte Marie, su nieta, publicó el libro *Las baticolas de Volpone. Escritos seleccionados de Darío Sainte Marie Soruco*, en el que en más de 400 páginas se antologan algunas de las más destacadas columnas políticas del destacado periodista.

entre otros y aparte de Cerda y del propio Sainte Marie, el crítico literario Juan de Luigi y el escritor Nicomedes Guzmán. *La Gaceta* no pudo subsistir económicamente mucho más allá de las elecciones presidenciales de aquel año. Felipe Reyes (2022) recupera la anécdota que podría entenderse como el cierre simbólico de la publicación:

Ya en la noche de la jornada electoral que había dado origen a *La Gaceta*, llegó la hora de los cómputos, los que cerca de la medianoche ratificaron el triunfo de Jorge Alessandri sobre Salvador Allende. Mientras, en su casa, el crítico Ricardo Latcham vacía botellas de champaña junto al escritor Enrique Lafourcade. De pronto suena el teléfono, es el periodista Tito Mundt quien les informa: “Hay más de cincuenta mil personas en la plaza de Armas avivando al Choche... y están avanzando hacia la casa del Chicho”.

“Diez minutos más tarde —relata Lafourcade sobre aquella noche en la que, además, conoció a Cerda—, Mundt llega como un huracán y nos dice: ‘¡Los alessandristas vienen a quemar el diario de Volpone! ¡No hay Carabineros para detenerlos y Volpone se arrancó a Las Vertientes dejando de guardia a Martín Cerda y a Carlos Jorquera, están en el techo del diario armados hasta los dientes... pero igual los van a masacrar!’”.

Rápidamente, Latcham busca su abrigo y un bastón estoque dispuesto a rescatar a los redactores acorralados. Los tres hombres salieron rumbo al centro. Estaba desierto, no había nadie en las calles. “La imaginación de Tito Mundt era como el volcán Hudson, con más humo que fuego”, recordaba Lafourcade sobre esa noche que inauguró una amistad: “Tiempo después Martín me contó que sí, que se quedaron de guardia. Que no estaban armados. Yo seguí viendo a Martín en los techos, como un Felipe Igualdad, envuelto en una bandera”. (p. 11)

Podríamos titular esta escena como “la sociedad contra el ensayo”, pues en tal frase se reúnen dos figuras retóricas consustanciales a la práctica ensayística, la ironía y las figuras de repetición, en este caso una especie de paráfrasis intervenida por el mismo gesto irónico. En las páginas iniciales de *La palabra quebrada* Cerda retoma el concepto lukacsiano de “ironía” para reafirmar al ensayo como aquella práctica que consiste en estar “aparentemente siempre ocupado de libros, imágenes, objetos artísticos o cosas mínimas, cuando, en verdad, está siempre hablando de esas ‘cuestiones últimas’ de la vida que, de una manera u otra, lo preocupan, inquietan o atormentan” (Cerda, 1982, p. 23). Por otra parte, el ensayo como forma también puede pensarse bajo tropos de repetición, ya que en la práctica ensayística siempre se vuelve a ciertas preocupaciones incesantes, a persistentes obsesiones, pero para introducir en ellas variaciones diferenciales. Algunas de estas figuras de repetición por medio de las cuales se pueden pensar ciertos rasgos del ensayo pueden ser la *epífrasis* (figura que actúa por acumulación) o la *expolitio* (la que actúa por amplificación). La “sociedad contra el ensayo” repite diferencialmente e ironiza con respecto al título del reconocido libro de Pierre Clastres, pero además retoma, de manera tangencial, uno de los problemas que el antropólogo francés trabaja en el capítulo “El deber de la palabra”, asunto que define por medio de enunciados como la “vecindad de la palabra y el poder” o que “toda toma de poder es asimismo una adquisición de la palabra” (Clastres, 2010, p.

125), problema que de manera efectiva acecha la escritura con la que Cerda contribuyó regularmente para *La Gaceta*. ¿Qué se repite y qué se ironiza —esta vez con un fuerte sentido lukacsiano— en la primera, sistemática y pública, toma de la palabra por parte del joven Martín Cerda, a través de una publicación de prensa escrita? Lo que se trasunta allí es que el ejercicio de la crítica que busca intervenir en el espacio público transmite un modo expansivo de leer, el que avanza desde los textos hacia la sociedad. Dicho en otros términos, lo que subyace a aquella intervención es el supuesto de que leer la sociedad es una operación equivalente a la de leer un texto, pues los mismos procedimientos que emergen desde un saber y una tradición literarias y que se emplean para leer ciertas obras de aquella tradición pueden extrapolarse para leer las situaciones y problemas por las que atraviesa una sociedad en un momento dado, para así levantar diagnósticos y proponer alternativas. En definitiva, la literatura como un modo de pensamiento, la lectura en tanto relación social, el ensayo de intervención como una crítica del acontecer.

En los textos publicados por Martín Cerda en *La Gaceta* encontramos maneras de pensar los usos epocales de la lengua, las interpretaciones orientadoras del tiempo histórico, las pervivencias y proyecciones en los modos de entender la idea de comunidad y de reflexionar sobre su pasado, presente y porvenir, mediante una caracterización de formas de vida y de pensamiento. Se trata de una temprana puesta en práctica en la trayectoria de Cerda con respecto a aquello que posteriormente definirá, otra vez a partir de Georg Lukács, como la “vivencia de las formas”. En las páginas iniciales de *La palabra quebrada* dirá, parafraseando al pensador húngaro, que:

la posición del ensayista frente a la forma difería de las que tienen el poeta, el dramaturgo y el novelista: mientras éstos, en efecto, deben siempre esforzarse por alcanzar la forma que les permita configurar la ‘materia’ informe que intentan abordar, el ensayista moderno, en cambio, siempre parte de una materia (libro, obra de arte, ‘forma de vida’) ya dotada de forma. (Cerda, 1982, p. 21)

De este modo, el “destino” del ensayista, manifestará Cerda, consiste en aquel en el cual “las cosas devienen formas; el momento en que todos los sentimientos y todas las vivencias que estaban más acá y más allá de la forma reciben una forma, se fundan y adensan en forma” (Cerda, 1982, p. 21). Es decir, se trata del examen de un cuerpo de ideas que se asumen como encarnadas socialmente, para así conducir un saber sobre el vivir o, más específicamente, un saber sobre la vivencia, a través del rastreo y examen de los relatos históricos y condiciones de posibilidad de la vida en común. De esta manera, la lectura como relación social establece un vínculo entre los procesos sociales y la invención de formas de producción del sentido. La crítica del acontecer se funda en una equivalencia metonímica: leer lo social como si se tratara de leer un texto, premisa desde la que se desprende la

posibilidad de leer todas las experiencias de significación. Se abre así una zona de relación entre la lectura y las presiones sociales; en ese núcleo se asume que se puede explicar por qué la gente lee lo que lee (es decir, cómo lee los textos), por qué hay lecturas acertadas, por qué hay lecturas deficientes, por qué se infralee⁸. De este planteamiento se extrae que la “azarosa empresa humana que es la lectura” (Cerda, 1982, p. 69) es constitutiva de los fundamentos que sostienen el pacto social; los aciertos, logros, pero por sobre todo, las dificultades, riesgos y problemas que experimenta una sociedad son asumidos desde esta perspectiva como efectos del acto de leer, como la primacía de ciertas lecturas ya sean pertinentes o falentes en alguna de sus propuestas, las que derivan, a su vez, en apropiadas o desacertadas tomas de decisiones. Por medio de esta suposición, el ensayista refuncionaliza el sentido de su propia práctica al interior del contexto en el que lee y ensaya, en el que piensa y tantea, en el que vive y escribe.

Se trata de una práctica crítica que, en su hacer, transmite un posicionamiento sobre el valor social del ejercicio crítico, acerca del lugar del ensayo en la sociedad, de la circulación de textos e ideas en el espacio público y, por ende, respecto del valor que se le asigna, y que a sí mismo se asigna, el ensayista dentro de un marco social. Más allá de que Cerda no sea un filólogo de formación, este conjunto de escritos hace aparecer una reflexión sobre la función pública del trabajo filológico, en la que se apuesta por la responsabilidad social de la imaginación en tiempos de convulsión social, mediante la cual busca instalarse —y disputarse— en el espacio compartido por una comunidad una forma particular de atención y de sensibilidad. La pervivencia de estas formas particulares de atención y sensibilidad son, tal vez, la mayor apuesta lanzada hacia el porvenir por quien ensaya. En una nota titulada “Humanismo Desilusionado”, aparecida el martes 2 de julio de 1957, Cerda (2022b) escribe: “No cabe hoy posible duda: la humanidad toda está transitando por un mundo cambiante de textura y sentido” (p. 46). En este ejercicio, a su vez, se revela una de las potencias que posee el acto de leer; leer un texto nos sitúa ante un modo de vinculación constitutivo con el mundo, emerge de allí entonces una ética del acto de leer, pues busca instalarse con ese mundo cambiante de textura y sentido una relación mediada por un “pensamiento vigilante, madurado en el trato analítico de nuestras circunstancias” (Cerda, 2022b, p. 61), tal como el ensayista expresa en una columna dedicada a Julián Marías.

⁸ “Lectura e infralectura” forma parte del grupo de las últimas contribuciones de Cerda a *La Gaceta*. Toma su título de un texto de R. Robles Pérez cuyo título es “Infralectura e infraescritura”, publicado en el N° 93 de *Correo Literario* (1954).

OPERACIONES DE UNA FILOLOGÍA CÍVICA: PARA UNA CRÍTICA DEL ACONTECER

Del centenar de textos con los que colaboró Martín Cerda en *La Gaceta* entre 1957 y 1958 se desbroza una especie de filología pública o cívica, discernible en una serie de operaciones que se plasman performativamente. Se trata de una filología que podemos denominar en esos términos, ya que, por una parte, trata de participar en el orden discursivo de la ciudadanía y, por otra, comparte con aquel saber disciplinar sus propósitos primordiales. De acuerdo con Rafael Mondragón (2019), la filología es un “saber práctico conformado por un conjunto de actividades que giran en torno a la lengua y sus productos. Todas ellas tienen en común la pregunta por el sentido de la herencia que cada comunidad asume” (p. 33). Para Mondragón (2019), lo “decisivo de la sensibilidad filológica está en esa decisión de pensar *con* el pasado, incluso si el pasado duele, no es agradable o se presenta en disputa con nuestro presente” (p. 33)⁹. Algunas de las operaciones a través de las cuales puede verse en la ensayística temprana de Cerda cierta similitud con respecto a una tarea filológica son las siguientes.

Co-pensar. El martes 16 de noviembre de 1957, Cerda publicó la nota “El derecho de errar”, en ella aborda el asunto del estatuto de legalidad de ciertas opiniones con respecto a otras, al enfrentarse entre sí en el espacio público, es decir, cómo unas elecciones se yerguen con mayor validez en desmedro de otras también disponibles en la circulación social de enunciados, todo esto bajo el trasfondo de disputar la “conciencia fanatizada”, uno de los problemas políticos que el ensayista asume como más severos contra los que se lanza en sus escritos de fines de la década del cincuenta. Apunta en aquella nota el autor de *Escritorio*:

Pretender que sólo nuestra perspectiva del mundo, de las cosas, de los hombres, es la única que tiene legalidad, no puede ser otra que el bélico deseo de callar, de silenciar al pensamiento ajeno, a nuestros congéneres que difieren radicalmente de nuestro mirar la humana peripecia. El fanático de siempre, en último trance, estúpido. Supongamos que esta última expresión sea un gran yerro mío. Frente a ella un hombre de auténticos hábitos intelectuales se esforzará en mostrármelo. Me llamará al diálogo. (Cerda, 2022b, p. 105)

Se trata de una operación que se encuentra articulada a los protocolos mediante los cuales se construye la veridicción, a las maneras por las que se intenta resolver la coexistencia de una multiplicidad de formas del pensar y del decir, de cómo, en la visión de Cerda, se enriela o se

⁹ Para una examen meticuloso y deslumbrante sobre la filología latinoamericana durante el siglo XX, ver el extraordinario libro de Rafael Mondragón Velásquez *Un arte radical de la lectura. Constelaciones de la filología latinoamericana* (2019).

descarrila el orden de las cosas en esa zona de contacto que es la esfera pública, en la que debiera primar una naturaleza dialógica:

La verdad, o la falsedad de mi expresión quedará dirimida coloquialmente, en lo que pudiera llamar el “co-pensar”, el pensar dual. El fanático, contrariamente, interpondrá entre él y mi expresión señalada la razón de su fanatismo, es decir: rechazará todo posible contacto, todo trato con el pensamiento que viene a solicitarlo, que le busca menesterosamente en lo más suyo. Para él no hay más “verdad” que la suya, más realidad que la que se le brinda en su “verdad”. Lo “demás”, la multiplicidad de pensares desde los cuales pretende vivir el prójimo, es un error, un error tan grave que al encarnarse socialmente hace peligrar el orden de las cosas. (Cerda, 2022b, p. 105)

El marco en el que en este escrito Cerda aboga por el “derecho de errar” se resuelve en una deliberación razonada con respecto a las opiniones divergentes. Si bien se trata de un planteamiento que se basa en una concepción idealizada, una metafísica del “otro”, ya que se desentiende de las condiciones materiales que acompañan la circulación social de ciertas ideas, algunas de las cuales no pocas veces terminan convertidas en “discurso mítico” (al decir del Barthes de *Mitologías*), es una herramienta que le sirve al autor para conducir un diagnóstico mediante el cual identificar por donde pasan las presiones sociales que ebulLEN en momentos de convulsión, cuáles son las expresiones que se resisten a la tensión dialógica. Estas últimas son las que terminan generando zonas irreducibles para el debate en torno a lo político, las que se interpretan como catalizadoras de los conflictos que pueden redireccionar peligrosamente el curso de los acontecimientos. En la idea de un pensar dual prevalece el hecho de que la palabra es el campo de disputa de lo político. Lo era aún, al menos, en el momento en el que escribe Cerda, unas cuantas décadas antes de que los usos de aparatos técnicos de naturaleza audiovisual modificaran notoriamente el estatuto de la palabra dentro de la práctica política. De la palabra como campo de disputa de lo político emerge el fundamento que sostiene a la responsabilidad social de la lectura en tanto acto ético. Para Raymond Williams (2009) el lenguaje es la articulación de una “experiencia activa y cambiante; una dinámica y articulada *presencia* social en el mundo” (p. 55). La dimensión ética de la lectura aspira a hacerse cargo de aquello que va cambiando en términos dinámicos y articulados, mediante el contacto comprometido con otras y otros.

Continuidad entre ensayo y conversación. En consonancia con la operación anterior, destaca en el corpus de textos reunidos en *Punta de lápiz*, el rol asignado a la conversación. Dentro de un marco histórico de gestación de la forma ensayística, este aspecto en particular sobresale porque contribuye a diversificar la genealogía del ensayo, de los tipos discursivos que convergieron hasta dotar de forma a esta práctica escritural. En este sentido, se torna relevante, por ejemplo, el texto “Felipe Massiani o la lección conversada”, aparecido el sábado 20 de julio de 1957. En este texto Cerda describe al escritor

venezolano que por esos días ponía punto final a su exilio en Chile (iniciado en 1951) para retornar a su país natal, como un “conversador incansable, perspicaz, cálido, cordial” (Cerde, 2022b, p. 57), un dialogador que por medio del ejercicio de la palabra compartida hace aflorar “verdades palpitantes que sólo cabe conquistar mediante la palabra hablada, mediante la lección conversada” (Cerde, 2022b, p. 57). Esta caracterización que Cerde realiza de Massiani, en conjunto con otras impresiones que le dedica al arte de conversar y sus espacios propicios de realización, tales como la calle o el café, hacen pensar en una ampliación de la genealogía formal del ensayo, expandiendo dicha reconstrucción más allá de las formas escriturales, para pensarlo también a partir de prácticas de oralidad y de escucha. Para decirlo bajo otra modulación, una que actúe por medio de tropos que acumulan y amplifican, lo que nos da a pensar este rol asignado a la conversación es que el ejercicio de reconstruir los modos discursivos que hicieron discernible al ensayo en tanto forma no debiera reducirse solamente a una historia de las prácticas escritas con las cuales ha sido asociado (ciertos procedimientos argumentativos, pero también anotacionales, como el caso de las marginalias, por ejemplo), sino que también dicha genealogía debiera abrirse también hacia la función que la palabra conversada y la escucha atenta tuvieron en la emergencia de dicha forma, extendiendo así las maneras de pensar el ensayo desde una dimensión exclusivamente restringida a la letra impresa, incorporando en ella una dimensión acústica y audible.

Un cuidado de las palabras contra el uso estatuario de la lengua. Constituye todo un tópico — filológico, diríamos— en estos escritos de Martín Cerde, el ejercicio de examinar ciertas palabras que se vuelven peligrosas en sus efectos de sentido. Como la misma palabra “crisis”, por mencionar un caso, a la que considera una muletilla y un recurso para extraer réditos políticos de aquella sensación. Este punto de vista nos hace reparar en el elemento afectivo que constituye el ejercicio político, en particular el que coloca al centro de esos usos políticos de los afectos al miedo. A estas claves conceptuales reducidas en su función y efecto a un “discurso mítico” el ensayista las califica como un “uso estatuario de la lengua”, en una columna cuyo título es “La grandilocuencia tiene su hora” (martes 29 de octubre de 1957):

Hay situaciones de la vida nacional que facilitan la proliferación retórica, la difusión del uso grandilocuente, estatuario, de la lengua. El menor malentendido, el más ligero oscurecimiento de las luces colectivas, de la conciencia pública —obra del uso indiscriminado de la tergiversación de la verdad de las cosas—, es usado de carnavalesca plataforma para disparar por los aires una bandada de voladores, de petardos verbales que iluminan a hombres y realidades según las coloraciones ideológicas —en últimos término: según los “desinteresados” intereses— circulantes. (Cerde, 2022b, p. 90)

La fórmula “uso estatuario” de la lengua tiene la virtud de ponernos a reflexionar en el fenómeno de las “acentuaciones de prioridad” (Cerda, 2022b, p. 99), a decir de Martín Cerda (en consonancia con la “multiacentualidad del signo lingüístico” de la que hablaba Valentín Voloshinov), a partir de su dimensión visual. Se trata de palabras que se vuelven tan grandes en tamaño y envergadura que resulta muy difícil obviarlas, por lo tanto acaban imponiéndose en las conversaciones y en los imaginarios. El énfasis conceptual de la fórmula no solo está puesto en advertir que este tipo de uso detiene la lucha social por el significado, sino que además tiene por propósito hacer ver los peligros tras su monumentalización instrumental. También, por otra parte, la fórmula nos hace reparar en su circulación, sobre todo en el aspecto de su interpelación receptiva, pues se trata de vocablos que acaban siendo dirigidos para todos y para nadie. La expresión “uso estatuario de la lengua” de igual modo nos conduce a reflexionar sobre otra dimensión del problema, una especie de carácter aurático que termina influyendo en la dimensión semántica de la palabra convertida en monumento. Son vocablos que acaban siendo revestidos de un halo impuesto por su efecto repetitivo y por su grandilocuencia retórica, lo que no solo los posiciona como una elección más disponible en el repertorio lingüístico, sino que también como un rito de paso para participar de determinados debates. Si la palabra es el campo de disputa de lo político, la necesidad de un cuidado filológico de las palabras, cuidarlas de efectos grandilocuentes, pasa también porque Cerda se encuentra convencido de que es imprescindible que para la construcción de un ideario nacional resulta necesaria la presencia de palabras legítimamente orientadoras, desprendidas de ampulosidad y de interpelaciones vacías, las que acompañarían la navegación del pensamiento¹⁰.

Un examen de la temporalidad histórica. Otro ejercicio que destaca por su recurrencia en este conjunto de textos es el hecho de reflexionar sobre la temporalidad histórica. Es significativo en este sentido que la contribución que abre el volumen sea una semblanza del Dux Francesco Erizzo y del apogeo veneciano del siglo XVII, todo ello con la finalidad implícita de referirse a la —supuesta— “ausencia de extremismos” (Cerda, 2022b, p. 19) que primó como elemento clave en la toma de decisiones durante tal apogeo. No deja de ser sintomático que la semblanza de ciertos sujetos sea conducida en algún momento por Cerda hacia la vinculación y compromiso de tal personaje retratado con el tiempo que le tocó en suerte. Así también se presenta este recurso en la nota “Albert

¹⁰ Un texto en el que posteriormente Martín Cerda se centraría en este tema en particular es “Las grandes palabras. Punto de partida para una actitud consecuente”. He trabajado sobre este asunto en el artículo “De *Paratextos diferidos* en Roberto Schwarz, Martín Cerda y Ángel Rama” (Herrera, 2020).

Béguin en el recuerdo” (sábado 18 de mayo de 1957)¹¹. Allí se destaca que el filólogo y crítico literario suizo vivió “atento a la más mínima solicitación del presente, a la más mínima incitación del futuro” (Cerde, 2022b, p. 23). Desde este enunciado podemos extraer, y extender en sus alcances interpretativos, una especie de consigna por medio de la cual Cerda asumía la relación entre sujetos e historia: si el presente solicita y el futuro incita, podemos decir que, por su parte, el pasado suscita. Dos elementos merecen destacarse en esta relación. El primero de ellos es que, a partir de su base etimológica, se caracteriza a la historia como movimiento (*citus/citare*: mover, impulsar, citar), así, lo que distingue a los tres modos temporales indicados son las acciones específicas frente a tal flujo. De esta manera, el pasado es aquello que se encuentra debajo y es levantado (sub: debajo), el presente aspira a buscar, tantear, ya que es lo que se tiene a inmediata disposición (sollus: entero), mientras que el futuro estimula, su desafío es ser un movimiento por medio del cual se traiga algo que aún no está a nuestro alcance, para que se lo torne *presente* (in: hacia dentro). Lo segundo a destacar es extender esta base etimológica hacia la idea de un modo expansivo de leer, a través del acto de citar. La cita es también un tipo de movimiento, se desplaza un fragmento textual desde un lugar a otro. Así el pasado resulta homólogo al acto de llevar hacia la superficie una cita que está por debajo de ella; el presente puede ser entendido como una cita que busca, que tantea su ubicación en aquella superficie; el futuro sería una cita posible que está por delante y que incita para ser traída hacia el interior de la superficie.

La espacialidad como antídoto contra la aceleración del tiempo. En varios de los escritos cerdianos de este período asoma una preocupación frente a la aceleración del tiempo y la alteración de las distancias a nivel de escalas, a partir de la imposición hegemónica de una globalización ya en curso. Por su brevedad, pero sobre todo por su profundidad frente a los temas que entrecruzan este procedimiento, me permito citar en extenso la nota “El sillón y el acelerador” (martes 3 de diciembre de 1957):

Mi abuelo paterno tenía en su despacho un sillón que siempre ambicioné para mis horas de soledad. Era un sillón de cuero repujado de antigua hechura hispana. En él podía uno sentarse seguro de que no se desbancaría ni de que los resortes iban a jugarle una mala y dolorosa pasada en las asentaderas. En la actualidad no cabe hallar un sillón parecido. Los nuevos usos sociales, la producción en serie que pretende satisfacerlos, han ido hundiendo el mundo de las artesanías, de las precisiones manuales, que permitía poblar al contorno familiar con un repertorio de utensilios capaces de servir las necesidades de varias generaciones familiares.

El hombre necesita sentarse, hundirse algunas horas de su vida en un muelle asiento. Es durante estas horas que el hombre decide que habrá de hacer en el curso de sus actividades “verticales”.

¹¹ Así como también en notas dedicadas a Carlos Faz, Justo Arteaga Alemparte, Pedro Poblete, Auguste Comte, Christian Dior, entre otros.

Es curioso que las actividades más preciosas para la vida humana –al menos las que para mí son las más preciosas, las más dignas de cultivo– como la conversación, la enseñanza, la meditación, la gastronomía exijan que las efectuemos sentados. Y nada mejor para el cumplimiento debido de esta exigencia que un buen sillón donde nuestra humanidad física quede fija, anclada, como si fuese un barco en un seguro puerto.

Lo contrario al sillón es el acelerador. El hombre actual vive de prisa, está hecho de prisa. No camina sino que corre. Como las piernas le limitan necesariamente sus posibilidades velocísticas, ha inventado el acelerador, que desde su automóvil, desde su motoneta, le permiten valorarse en “kilómetros-hora”. Un hombre capaz de desplazarse de un punto a otro a ciento ochenta kilómetros-hora ha de ser indiscutiblemente más expedito, más “valioso” que aquel otro que sólo consigue imprimirle a su vida velocidades inferiores. El automovilista, en principio, no debería conversar. Los caminos están hechos de riesgos que deben cultivarle todas sus potencias atencionales. Es un hombre que vive “desde” y “para”, los congéneres que lo rodean y le cruzan su camino, que al igual que él se deben al acelerador. No tiene una intimidad susceptible de ser coloquiada, conversada. Nada hay más estúpido en nuestro mundo que las conversaciones de los usuarios de los artefactos técnicos... En verdad yo prefiero la sosegada soledad del sillón. En ella está postulada la humana compañía, la comunión espiritual con nuestro prójimo. (Cerda, 2022b, p. 108)

Es necesario profundizar en los elementos que Cerda dispone en esta escena para contrarrestar la verticalidad y la aceleración. Al respecto, la filósofa Adriana Cavarero señala que, en general, a lo largo de su transcurso histórico disciplinas tales como la filosofía o la teología no han apreciado la inclinación, sino que todo lo contrario. Con variaciones, pero aún más con persistencias, los métodos a los cuales se ha recurrido “son demasiados y diversos, pero, como diría Foucault, generalmente son dispositivos de verticalización cuyo fin es el hombre recto” (Cavarero, 2020, p. 8). Otra operación en la que repara la autora refiere al acto de dotar con reiterada frecuencia al término “inclinación” de “adjetivos fatales”, lo que ha contribuido a crear esa valoración negativa. Por ejemplo, en los tratados morales, señala Cavarero

es frecuente encontrarse entre la ‘buena inclinación’, entendida —según los diccionarios— como ‘propensión, innata o adquirida, a actuar virtuosamente, y aquella, para ellos especular, de ‘mala inclinación’, entendida en cambio como ‘propensión, natural o adquirida, a comportarse deshonestamente’, es decir, viciosamente. (Cavarero, 2020, pp. 8-9)

A esta constatación la autora añade que la

lengua filosófica tiende a rubricar bajo el lema general de inclinación el amplio y temible grupo de los deseos, los instintos y las pasiones. De este modo, inclinación y pasión son empleados comúnmente, en el vocabulario especulativo, como términos sinónimos. El tema del amor lo comprueba en abundancia. (Cavarero, 2020, p. 9)

El punto de partida asumido por Cavarero es que en “las varias geometrías de la modernidad, la prevalente concierne sobre todo al modelo ontológico individualista” (Cavarero, 2020, p. 19), se trata de un “verticalidad egocéntrica”, mientras que, por su parte, la “inclinación pliega al yo y lo desposee” (Cavarero, 2020, p. 15). Esta desposesión sería una de las condiciones que posibilitarían lo

que Cerda en su nota denomina como “la comunión espiritual con nuestro prójimo”. Cavarero (2020) ahonda en esta desposesión recurriendo para ello a Hannah Arendt:

Para decirlo nuevamente con Arendt, el impulso a la inclinación socava puntualmente al yo de su baricentro interior y, haciéndolo salir afuera de sí, “su objeto o persona”, corroe su estabilidad. Más que de un problema moral, por la concesión moderna del yo, se trata de una cuestión de equilibrio estructural y, por lo tanto, en último término, de una cuestión ontológica. Un yo inclinado, proyectado al exterior, no está ya recto, es decir, se inclina con respecto al eje vertical sobre el cual se rige que lo vuelve un sujeto autónomo e independiente por estar balanceado sobre sí mismo. Para Kant, convencido defensor de la más perfecta autonomía, todo esto resulta muy grave. (pp. 9-10)

Si la lectura es una relación social y una responsabilidad ética que nos vincula con la mundanidad, en esta defensa del reclinar en un sillón puede verse, en el temprano pensamiento cerdiano, el lugar del cuerpo ante aquel posicionamiento. Está, por un lado, el lugar del tacto y de lo que José Gaos denominó “la cultura de la mano”¹² frente a los —por ese entonces— nuevos usos sociales propiciados por la producción, contrapunto que impone una distancia entre el ser humano y los objetos. Está, por otra parte, la inclinación que se encuentra proyectada hacia el exterior y que socava la rectitud y el mandato de verticalidad, para defender un espacio de lo compartido en abierta disposición hacia lo otro y en declarada tensión contra la merma de las escalas locales y la percepción de aceleramiento de los ritmos de vida. En el texto “Necesidad de una perspectiva” (domingo 8 de septiembre de 1957) Cerda (2022b) sentencia: “En verdad da grima hablar de todo esto, pero el hombre actual, merced al cable, a la radio, a la televisión, ha “desalejado” todas las distancias. Hoy le es factible formarse una idea desde Santiago de Chile, desde París, de sucesos que se están desarrollando en la Bolsa de Londres o en los muelles de Nueva York. Más aún, los experimenta como si fueran realidades inscritas en su inmediato contorno, como ingrediente de su propia circunstancia” (p. 75). Los medios técnicos mencionados fracturan la necesaria lejanía que es condición de la construcción de perspectivas. La elaboración de una perspectiva tiene por operación fundamental la lucha por las inscripciones, a su vez, el filo evaluativo de estas es su pertenencia a ciertas

¹² En su libro *Dos exclusivas del hombre: la mano y el tiempo* (1945), José Gaos define a la cultura de la mano en los siguientes términos: “La mano usa y fabrica instrumentos en tanto se halla en relación con la inteligencia, y en tanto se halla en relación con ésta y con la razón se halla en relación no sólo con la *cultura material* humana, sino con la *cultura humana* toda, hasta la menos material [...] La cultura de la mano es cultura de ésta en el doble sentido que puede darse a la preposición ‘de’. Cultura de la mano puede entenderse en el sentido de cultura de que la mano, o el hombre por medio de ella, es el *sujeto* activo, creador: todo aquello que la mano, exclusivamente, o sólo ella propia, plenamente, puede hacer, o el hombre con ella en los mismos términos: ‘cultura de la mano’ en sentido *subjetivo*, cultura *subjetiva* de la mano. Y cultura de la mano puede entenderse en el sentido de cultura de que la mano es el *objeto* pasivo, receptor: todo aquello de que puede hacer objeto a su mano el hombre, o de que a través de ella puede hacerse objeto a sí mismo, *pero no solo por medio de ella, de su mano...*, ‘cultura de la mano’ en sentido *objetivo*, ‘cultura *objetiva* de la mano’” (pp. 29-30).

circunstancias. Se trata de una subjetividad alternativa que se condice con el sujeto del ensayo, proclive a la permanente exploración conceptual de la vida y que requiere de aquella necesaria toma de distancia para así poder examinar sus propias inscripciones. En esta defensa del reclinarse en oposición a los dispositivos de verticalidad, puede leerse una conexión de sentido con la posterior metáfora cerdiana del pensamiento en tanto navegación, ya que en ambas imágenes prima la horizontalidad abierta hacia riesgos que desafíen las certezas de la rectitud.

ENSAYO Y ESPACIALIDAD: LA TAREA DE LA FILOLOGÍA CÍVICA

Tras el recuento de algunas de las operaciones filológicas implicadas en la intervención con horizonte público realizada por Martín Cerda a fines de la década de 1950, en un Chile convulso políticamente, se torna necesario hacer aparecer la pregunta: ¿cuál es la finalidad de esta tarea? La respuesta nos conduce a ahondar en la problemática de naturaleza espacial abierta por el comentario de la última de las operaciones glosadas. La tarea de la filología cívica cerdiana sería poner los problemas en perspectiva, para así “dotar de justo lugar” a las ideas que ofrezcan salidas. A esto apunta la lucha por las inscripciones como operación estratégica de la intervención ensayística en la esfera pública. Así, lo propio del ensayista no solo sería que su punto de partida es siempre una materia ya dotada de forma; tal “vivencia de las formas” se complementaría con dotar a esas inscripciones de “justo lugar”. En este sentido, una nota programática —reconocida también con este carácter por Felipe Reyes en su prólogo a *Punta de lápiz*— es “El lápiz y el bisturí”, publicada el martes 28 de mayo de 1957. Ahí manifiesta:

En estas notas, escritas con la punta del lápiz, se ha de hablar numerosas veces de la vida nacional. Notará el lector que cada vez que ello ocurra, el dócil instrumento de escritorio cambiará de índole, tomando el duro y necesario carácter de bisturí. La razón de ello viene dictada por los hechos nacionales que hoy sobrellevamos después de un largo escamoteo de nuestra efectiva realidad. Si se hubiese de escoger un vocablo que espume, que sintetice en su última verdad nuestro presente, yo sugeriría el de ‘dislocación’. Lo haría sin aspaviento alguno, austeramente, como si se tratase de la radiografía del cuerpo patrio [...] cada vez resulta menos posible la confrontación debida y adecuada de nuestra realidad con las ideas a su respecto circulantes (...) falta hoy un repertorio de verdades elementales, sumarias sobre nuestra realidad social que nos permitan orientarnos entre nuestros posibles futuros colectivos. (Cerda, 2022b, p. 28)

La función de la crítica del acontecer queda en estas líneas establecida. El punto de partida más general que empuja su diagnóstico tiene al vocablo “dislocación” como palabra clave. Las tensiones y presiones sociales, la desorientación de discursos que debieran aspirar a proporcionar claridad y líneas estratégicas en la toma de ciertas decisiones, encuentran su explicación en esta señalada discrepancia entre la “efectiva realidad” y las “ideas circulantes”. En este punto, esta premisa

asumida por Cerda hace intersecar su pensamiento con una de las líneas interpretativas más notorias del pensamiento latinoamericano, aquella que tomando una expresión de Richard Rosa podemos denominar como “poética del desajuste”, entendida como distanciamiento entre lugar e idea, en consonancia con lo que Cerda llama lo “desalejado”. Tras esta poética podemos reconocer buena parte del repertorio de binarismos (civilización/barbarie, entre otros) y metáforas conceptuales (heterogeneidad, lo abigarrado, transculturación, etc.) que pueblan la historia intelectual del continente y que encontró uno de sus debates más explícitos en el desacompasado disenso tras las proposiciones de “ideas fuera de lugar” (Roberto Schwarz), “entre-lugar” (Silviano Santiago) y “un lugar más allá de las ideas” (José Miguel Wisnik), acontecido a destiempo, entre inicios de la década de 1970 e inicios de la del 2000. El Martín Cerda que escribió para *La Gaceta* sostenía que aquella dislocación entre ideas y lugares constituía la matriz del problema político, subyaciendo a su creencia de “dotar de justo lugar” a las ideas una fe en el letrado y en la letra. En la nota señalada en la sección anterior, “Necesidad de una perspectiva” argumenta que:

Hace falta en Chile un recuento de nuestras posibilidades y de nuestras realidades. Un recuento que nos muestre “funcionalmente”. Es decir, el justo lugar que tienen entre los ingredientes de nuestras circunstancias. Estamos en un mundo que exige estar en permanente vigilancia y no se puede seguir haciendo criollismo político. (Cerda, 2022b, p. 75)

Tal recuento no solo es funcional en su alcance reflexivo, dicho ejercicio también sostiene la funcionalidad del intelectual. De todos modos, podemos comprender la presencia de “lo justo” en la expresión “dotar de justo lugar”, al menos, en un doble sentido. Por una parte, puede ser comprendido como *precisar*, esto es, en una condición mundana atravesada por la alteración de las distancias y de los referentes, el pensamiento puede actuar con precisión tras reconstruir la perspectiva que organiza el cuadro general de problemas. Por otra parte, “lo justo” allí puede ser entendido en su sentido de *justicia*; al resolver lo “desalejado” entre lugares e ideas el trabajo del letrado, por medio de su filología cívica, aportaría en aquel orden de reorganización de la vida. Se torna evidente que todas estas premisas que sostienen la intervención ensayística del joven Cerda se corresponden con un momento de la historia latinoamericana en que el saber literario mantenía un estatuto de fundamento primordial para la tarea interpretativa, ya sea a nivel nacional o continental. Un estatuto que se modificará radicalmente en las décadas siguientes.

Un tanto menos evidente es otro tipo de tarea que expone todo este recorrido reconstructivo. Y esta tiene que ver con la dimensión espacial de la forma ensayística, pues nos muestra que una de las operaciones que realiza todo ensayo es la construcción de una lógica espacial interna, en la cual los enunciados que lo conforman no solo encuentran sentido, sino que también ven expandido su

sentido. *Dotar de justo lugar* se encuentra asociado, también, a la tarea de construir una red expansiva de significación. El ensayo aparece así como la construcción de un lugar en donde opera un funcionamiento particular que —mediante reverberaciones y contrapuntos— establece una tensión entre el decir y sus condiciones mundanas. Mirado desde esta perspectiva que entrecruza devenir histórico y a la forma ensayística como construcción de una propuesta espacial, no deja de resultar estremecedor volver a reparar en el título del primer libro de Martín Cerda: *La palabra quebrada*.

REFERENCIAS

- Calderón, A. y Zegers, P. (Comps.). (1993). *Ideas sobre el ensayo*. Dirección de Bibliotecas, Archivos y Museos.
- Calderón, A. (Comp.). (1997). *Palabras sobre palabras*. Dirección de Bibliotecas, Archivos y Museos.
- Cavarero, A. (2020). *Inclinaciones. Crítica de la rectitud*. Palinodia.
- Cerda, M. (1982). *La palabra quebrada. Ensayo sobre el ensayo*. Editorial Universidad de Valparaíso.
- Cerda, M. (1987). *Escritorio*. Galinost-Andante.
- Cerda, M. (2005). *La palabra quebrada/Escritorio*. Tajamar.
- Cerda, M. (2008). *La palabra quebrada*. Veintisiete Letras.
- Cerda, M. (2014). *Precisiones. Escritos inéditos*. Editorial Universidad de Valparaíso.
- Cerda, M. (2022a). *Surcos apenas visibles*. Lecturas Ediciones.
- Cerda, M. (2022b). *Punta de lápiz. Textos de La Gaceta, 1957-1958*. Cormorán.
- Cerda, M. (2022c). *La palabra quebrada*. Cormorán.
- Clastres, P. (2010). *La sociedad contra el Estado. Ensayos de antropología política*. Hueders.
- De la Fuente, J. (2000). Zarpe y naufragio de Martín Cerda. *Lingüística y Literatura*, (12), 183-196. <http://dx.doi.org/10.4067/S0716-58112000001200015>
- Gaos, J. (1945). *Dos exclusivas del hombre: la mano y el tiempo*. Fondo de Cultura Económica.
- Gavilán, I. (2021). La singularidad de la autorreflexión ensayística. La palabra quebrada de Martín Cerda como poética del ensayo. *Anales de Literatura Chilena*, (36), 95-114. <https://doi.org/10.7764/ANALESLITCHI.36.05>
- González Alfonso, F. & Figueroa Flores, X. (2019). El momento previo a la verdad: teoría y ética del ensayo en Martín Cerda. *Acta Literaria*, (57), 25-38. https://revistas.udec.cl/index.php/acta_literaria/article/view/614

- Herrera, H. (2020). Paratextos diferidos en Roberto Schwarz, Martín Cerda y Ángel Rama. *Razones de Proteo*, (7), 163-181. http://www.revistalatinoamericana-ciph.org/wp-content/uploads/2020/05/RLCIF_n7.pdf
- Mondragón, R. (2019). *Un arte radical de la lectura. Constelaciones de la filología latinoamericana*. Universidad Nacional Autónoma de México.
- Reyes, F (2022). Prólogo. En M. Cerda. *Punta de lápiz. Textos de La Gaceta, 1957-1958* (pp 9-17). Cormorán.
- Sainte Marie, T. (2018). *Las baticolas de Volpone. Escritos seleccionados de Darío Sainte Marie Soruco*. Cinco Ases.
- Undurraga, V. (2023, 4 de mayo). En último trámite: Martín Cerda y el ensayo. *Revista Santiago*. <https://revistasantiago.cl/criticas/en-ultimo-tramite-martin-cerda-y-el-ensayo/>
- Williams, R. (2009). *Marxismo y literatura*. Las cuarenta.